

llegar adonde quiere, dando placer y procurándoselo. Pues cuando sea necesario camuflarse para salir de la escena conflictiva, nada lo impedirá; una demostración rotunda se halla en la travesía que realiza hasta Salta, en 1841 ó 1842, con atuendo masculino (y que, en parte, se evoca en su relato «Gubi Amaya; Historia de un salteador» de 1862).

Así, si hay que vestirse de varón para regresar a la patria, desdeñando peligros, apartándose del lazo del marido, lo hará. Si hay que escribir con ciertas veladuras para decir lo que se quiere en un estilo adecuado para una mujer, de modo que sus palabras puedan ingresar a las mesas familiares sin resistencia, lo hará. Si hay que mostrarse menos directa, más diplomática, más esquiva, sin dejar de ser sincera y sin dejar de perseguir el propio ideal, desplegará todos sus recursos retóricos y corporales para alcanzar la meta prefijada. Si hay que estar en un sitio menos visible para encontrarse con el amante, valdrá la pena. Y (cuando se es una mujer reconocida públicamente, en tanto hija de, sobrina de, esposa de –según las pesadas posesiones de ésa y cualquier época– y, sobre todo, en tanto escritora) si hay que convivir durante nueve meses con la evidencia de una criatura que no se concibió dentro de una alianza matrimonial, buscará la forma de que resulte menos estridente, circunscribirá las fronteras, evaluará los viajes y dará a luz a los hijos deseados (Clorinda y Julio F. Sandoval son aquellos cuyos nombres conocemos). Traspapeladas en medio de los embozos, ocultamientos, simulaciones, asoman las siluetas de dos modelos internacionales contemporáneos: George Sand y Fernán Caballero, aunque Gorriti jamás se resguarda tras un pseudónimo masculino, como sí harán otras escritoras argentinas de entonces.

Entre todos los juegos de apariencias, hay uno que reclama la atención por su indudable potencial literario y por la repercusión que alcanzó dentro del círculo cultural de su momento: su invención, junto al pintor y literato Bernabé Demaría, de la *poetisa* entrerriana Emma A. Berdier. Emma está llena de ecos. Es, en principio, una llamada cara a la historia de la literatura desde 1857 con Flaubert. El nombre reaparecerá en distintos contextos, Gorriti hace de Emma un pseudónimo frecuentado en sus tareas de prensa. Especialmente en *La Alborada del Plata* (1877-8), adonde llegan muchos de sus propios relatos que más tarde serán recogidos en libro, la vemos aparecer escudada detrás de una simpática Emma. Este periódico que funda y dirige (hasta que lo delega en Josefina Pelliza) cuenta con un antecedente importante, el que había gestado en Perú, junto a Numa Pompilio Llona, en 1874, *La Alborada*.

A partir de los años 70 para ella se suceden ciertos reconocimientos de carácter institucional, desde diversas localidades; pero siempre mantendrá

sus actitudes de humildad y reserva. La literatura de Gorriti y para Gorriti puede funcionar o aparecer como institución, como conjuro, como señuelo, como juego, mas nunca como ornato o capricho (en esto reside su vocación verdadera e insólita).

Las *Veladas literarias* transcurren en Lima a lo largo de 1876 y 1877, aunque no son las únicas reuniones en las que Gorriti aparece como anfitriona. En distintas ciudades y momentos su casa estará abierta para recibir a los principales intelectuales y viajeros. Sin embargo, aquéllas sí son las únicas de las que nos queda una memoria escrita, riquísima desde el punto de vista literario, el de las relaciones humanas y culturales, y ciertas costumbres de la época.

La melancolía es un rasgo que caracteriza a la persona y la escritura de Juana Manuela, marcadas una y otra por el sentimiento de pérdida o el despojo que llega hasta la línea de su atuendo. La austeridad se presenta en tanto signo de nobleza heredado de aquellos que supieron renunciar en aras de la patria. Mas su literatura en sí no reviste un estilo de despojo. Hay en ella acciones de desprendimientos permanentes por parte de los personajes o del yo autobiográfico, pero no una escritura de desprendimiento en lo que a la economía narrativa o estilística se refiere.

En contraste con tal atmósfera, en las *Veladas* puede advertirse también el rasgo de humor, la charada, el acróstico; en fin, estas citas constituyen un ámbito para jugar con el lenguaje y desolemnizar lo literario.

Narrativamente, Juana Manuela practica e incluso crea (o recrea) múltiples géneros, que ella misma se encarga de señalar mediante títulos o subtítulos altamente explicativos, facilitando de este modo una guía de lectura y demostrando, sin proponérselo, su capacidad clasificatoria. Huelga referir que es una gran lectora. Podemos rastrear su conocimiento de Edgar Allan Poe («El emparedado» de *Panoramas de la vida* lo delata) o de La Rochefoucauld, de los clásicos griegos o de sus contemporáneos latinoamericanos y frecuentemente amigos, como Ricardo Palma o Clorinda Matto de Turner; o los argentinos poetas, narradores, traductores y ensayistas del período como los hermanos Gutiérrez y José Hernández, o de los novelistas franceses de la segunda mitad del siglo XIX.

Esos variados formatos discursivos le permiten agrupar y dividir su propia obra de modo inteligente, mientras cuenta, a su vez, con la ayuda de algunos grandes compañeros: el mencionado Quesada o Santiago Estrada –merecedor de uno de sus *Perfiles*–, o sus esmerados editores Félix Lajouane y Carlos Casavalle –quien está en contacto con sus textos ya desde las épocas de las colaboraciones de Gorriti en la *Revista del Paraná* (1861)–. Entre aquéllos destacan las leyendas, los episodios, las impresiones, los

perfiles, las descripciones, los recuerdos; de modo menor, las biografías, las veladas. En los géneros y subgéneros con los que trabaja suele combinar criterios formales con criterios temáticos para su ordenamiento. De modo que descubrimos cómo las leyendas son aquí históricas, allí andinas, más allá bíblicas...

De pronto, el tema y el molde inventan su propio género, insustituible si hubiese que hurgar entre los papeles decimonónicos para superar esa definición. Por ejemplo, en «confidencia» (para «Quien escucha su mal oye; Confidencia de una confidencia») o en *Cocina ecléctica* (1890). En él, el eclecticismo tiene que sostenerse sobre algo, y ese punto de sostén en sus distintos aspectos –en tanto reunión y procesamiento de datos, por un lado, y en tanto apoyo económico, por otro– es la Argentina (por ley nacional de 1889 se determina la subvención). El eclecticismo de Gorriti es, sobre todo, un ensayo acerca de las posibilidades de la unión latinoamericana, de la búsqueda de los factores comunes y mucho más que el respeto por las diferencias, la actitud de aprendizaje y admiración ante ellas.

En 1886, viaje y escritura van de la mano: se viaja para recordar, se recuerda para escribir, se escribe para seguir viviendo. *El mundo de los recuerdos* lo costea el gobierno salteño. Así, en escala local o nacional, Gorriti va perfilándose como escritora argentina de reconocimiento indiscutible.

En 1878 le llega la tramitada autorización para ausentarse de la Argentina por dos años y por último –en 1883–, para hacerlo de manera definitiva, aunque finalmente no sólo no lo necesite sino que termina siendo su país natal la tierra de su partida irreversible.

Parte de la fascinación y la extrañeza que ejerce Juana Manuela en sus contemporáneos y en las generaciones sucesivas reside en lo oculto: aquello sobre lo cual aún penden velos (datos de su biografía que se empeñan por volverse esquivos) no menos que esas prácticas esotéricas que la muestran, apenas, sigilosa y radiante, como dama de rituales extraños, confiando y abandonada a la luz de la luna en una danza secreta cuya trascendencia no nos trasluce. Este influjo, sin duda romántico, fuertemente literario, apasionadamente ocultista, es deudor de doctrinas como las de Mme. Blavatsky (cuyas ideas empiezan a repercutir en esa época entre ciertos argentinos que, ávidos de lecturas, prueban sin prejuicio el abordaje a libros de variada raigambre) y acaba por ser muy poderoso en Gorriti.

Más allá de cualquier esperanza espiritual, las muertes escalonan sus textos, como tributo o como desesperación, como queja al destino por su propia sobrevivencia o como reconocimiento de un capítulo histórico. Entre las muertes, las de sus hijas Clorinda y Mercedes arrinconan a la

añosa escritora madre en el lugar de la frase terminal. De hecho, la sucesión de pérdidas y su propia enfermedad como huésped vitalicio van imprimiendo un jadeo creciente en las inscripciones de *Lo íntimo*.

El pulso de la bronconeumonía oprime y entrecorta el texto a medida que nos acercamos a sus páginas finales, y determina el ritmo de la escritura. Esa respiración, ese latido son la expresión más acabada e indudable de su dolor y delimitan un doble alcance: la extendida confesión de su debilidad, para el lector, y para sí, el demorado epitafio. «Pasa, mujer, pasa»².

² Incluso a riesgo de quemarse, Gorriti aspira a alcanzar la luz. Leemos en uno de los párrafos más vivos dentro del par de páginas finales de 1892: «Yo he procurado hacerme muy buena, sobre todo en mis últimos años, y aunque algunas veces se me destiñe, Dios en su misericordia hará la vista gorda a estos pecadillos, y me dirá: pasa, mujer, pasa.

Y ha de permitir que vaya a morar en el resplandeciente Júpiter, o en Saturno, que diz está sufriendo, según Flammarión, no sé qué terribles incendios». (*Lo íntimo*, Ramón Espasa, s/f, p. 161).

BATONES PRÁCTICOS

Á PRECIOS REDUCIDOS



N.º 1. Rico batón de cefir de hilo, fantasía, colores firmes, festoneado y vañillado, modelo muy elegante, á \$ 6.90

N.º 2. Batón de batista y cefir, fantasía, en color y medio luto, adornos de puntillas y embutidos valencianas, á \$ 4.50

N.º 4. Precioso batón de linón, de hilo crudo, adornado con broderies del mismo color, á \$ 14.50

N.º 3. Batón suelto y amplio, corte japonés, en buen cefir, adorno de embutido guipure de algodón, á \$ 5.50

N.º 5. Elegante batón de satín de fantasía, variados colores, adornado con vieses rayados y botones, á \$ 11.50

TIENDA SAN JUAN

AL SINA Y PIEDRAS

BUENOS AIRES